

gracia, por los sacramentos, ¿os habeis elevado por cima de nosotros y de la naturaleza, y esas representaciones de todos los frenesís, de todas las aberraciones de los sentidos no pueden alcanzaros? ¿Os es dado poder conferenciar sobre esos asuntos técnicos con vuestras jóvenes y bellas penitentes, sin que vuestro espíritu se perturbe jamás y sin que jamás se conmuevan vuestras entrañas?

Nó.

Tal ministerio es superior á la naturaleza y á las fuerzas humanas, y los que, con una mira de preeminencia y de dominacion os han revestido de ella, á vosotros, sacerdotes católicos, sabiendo que, no por ser devotos, dejais de ser hombres, hánse visto obligados á prever ciertos rechazos fisiológicos á consecuencia de ciertas confidencias, rechazos que, cuando se producen, deben turbar singularmente vuestra concepcion de lo ideal y vuestra justicia de apreciacion.

Preciso ha sido que un Concilio decretara: *Pollutio, omnino involuntaria nullo modo est peccaminosa, ut patet. Hinc omni culpa vacat pollutio quam pati potest medicus, chirurgus vel confessarius muneris officii obeundo.*

No prosigamos; sobra ya.

Pues bien, yo admito la lógica de esos libros, su buena fé, su buena intencion.

Vosotros os habeis impuesto el deber y arrogado el derecho, como ministros de una religion reconocida y aceptada, de curarnos de nuestras corrupciones y de nuestras torpezas; al mismo tiempo

habeis hecho voto de celibato y de virginidad; fuerza era, pues, daros á conocer teórica, *clínicamente*, toda esa baja patología del corazon, del alma, de la imaginacion, del cuerpo del sér humano, como se dan á conocer, en sus mas minuciosos detalles, á los jóvenes estudiantes de medicina y de cirugía (á los que os comparais y asimilais en ciertos casos), como se dan á conocer á los jóvenes estudiantes las mas peligrosas, las mas secretas y las mas repugnantes enfermedades que están destinados á combatir y, por la misma razon, expuestos á contraer.

Quien quiso el fin, quiso los medios.

Vosotros habreis creído deber catalogar y graduar por artículos y números los diferentes delitos de las almas católicas, desde los que son pasibles de la sola penitencia hasta los que acarrean la muerte espiritual, y de ello habeis hecho un código del que logran pasarse los israelitas, los griegos, los protestantes, los mahometanos, los budistas, probablemente porque, no existiendo en todas estas religiones la confesion á un hombre, sacerdotes y fieles no han menester de todos esos informes; tal vez tambien porque los hijos de San Pablo, de Gregorio el Grande, de Santo Tomás de Aquino, de Loyola, están finalmente mas corrompidos que los hijos de Moisés, de Brahma, de Mahoma, de Lutero, de Calvino; ¡concedido!

Esos libros os inspiran horror al vicio que deben ayudaros á destruir, y el espectáculo continuo de la degradacion humana no solo os aparta de él,



sino que os hace mas escrupulosos para vosotros mismos.

El auxilio que se os recomienda implorar de Dios y de la Santa Virgen inmaculada es suficiente, eficaz, y, en fin, el hábito de tratar esas enfermedades del alma os hace capaces de manipular, por decirlo así, esas almas sin conservar mancilla alguna, sin recibir otra emocion que la de la piedad.

Os lavais las manos, durante la santa misa, en el agua y el vino consagrados, en las lágrimas y la sangre del Salvador, y quedais tan descansados.

Hasta me parece á mí que he atravesado las pasiones de mis semejantes y las mias sin que nunca me hayan decentado profundamente, que, si me hallara en vuestro lugar, la esperanza, el ideal, el fin, el bien hacedero por esos medios latentes y latinos, me mantendrian, como decís que os acontece cuando de ello se conversa con vosotros, por cima de las tentaciones, de los desfallecimientos, de las caidas, de las curiosidades, de los sacudimientos; todo esto lo admito.

Pero vos admitireis tambien que esos libros, si no son tan peligrosos para vosotros como parecen, por las imágenes que os ofrecen, lo son, para gran número de gentes, por los derechos ocultos y arbitrarios que os dan, y á los que quieren por fin sustraerse á sí y á los suyos; y en la discusion particular que aquí sostengo, me suministran la prueba de que no solo la Iglesia católica, á la vez que oponiendo tanta resistencia á propósito del divorcio porque pretende respetar mas el matrimonio que la

Iglesia que permite su disolucion, que no solamente la Iglesia católica no respeta el matrimonio como lo afirma, sino que á cada momento olvida el origen que le atribuye, lo desvia del fin que muestra, desmiente en secreto las doctrinas que en público profesa, y haciéndole en todas ocasiones medio tenebroso de política y de influencia, mancilla las leyes mas santas y los compromisos mas sagrados del lazo conyugal.

Si he renunciado á invocar contra vos los tan fáciles argumentos de la Biblia, no podia renunciar á servirme de los textos precisos y claros, cuyos autores gozan de vida, que establecen definitivamente lo que vosotros llamais vuestros derechos, pero que jamás invocais ante nosotros.

No es un Dios que nos continúa invisible, no son patriarcas muertos desde hace millares de años, ni son ángeles, que estamos seguros de no volver á ver jamás, quienes han dictado en esos libros líneas mas ó menos apócrifas; son Padres, obispos, sacerdotes católicos autorizados por la cabeza suprema de la Iglesia quienes han escrito esos libros que encaramos contra vosotros, y esos hombres vivos y muy vivos podrán desmentirnos si falseamos sus textos, ó explicárnoslos si los hemos comprendido mal.

Por mi parte no pediria mas que ser ilustrado y convencido por vuestros grandes escritores, por vuestros grandes predicadores; los he leído todos mas ó menos, los he escuchado menos ó mas, y mientras se hallan en la grande moral, en las ele-



vadas miras y hasta en las poéticas leyendas, les comprendo, les sigo, les admiro, les amo; desde que entran en los dogmas, dejo de comprenderles, ya no respiro mas, me detengo; si se aventuran en la supersticion, retrocedo; si se extravían en las interpretaciones y en el casuismo, me rebelo y huyo.

Y ¿creeis que sea yo el único en pensar así?

Somos millones de hombres que pensamos igualmente, y estoy convencido, lo sé, un gran número de sacerdotes entre los mas inteligentes, los mas convencidos, los mas ejemplares, se inquietan, sufren por el espíritu político de la Iglesia. Sométense porque la sumision y la disciplina son las dos primeras condiciones de la fé católica; pero interiormente protestan, prevén, temen el resultado funesto para ella, de un conflicto inevitable, próximo.

¡Y sin embargo, el desacuerdo podria desaparecer tan fácilmente, si la Iglesia volvía á tomar el sentido de la accion que puede, que debería ejercer!

¡El corazón, la imaginacion, el alma del hombre se hallan tan dispuestos á creer, necesitan tanto de ideal y de entusiasmo al mismo tiempo que de auxilios y de apoyo, y vuestras lecciones oficiales, vuestras tradiciones poéticas mezcladas é esos elevados preceptos de amor y de caridad del Evangelio, ese culto grandioso que se enseña de todos los sentidos, respondian tan bien á las aspiraciones y á las curiosidades del alma humana, y las satisfacian tan bien sin explicarles nada!

¡Después de haber reunido por tan largo tiempo todas las razas superiores en la misma idea y en la

misma comunión, las habeis perdido paso á paso y casi todas!

¿En qué ha consistido?

Os lo hemos dicho, os lo dicen cada dia; mas vosotros nada quereis oír y os contentais con fulminar, sin buscar el remedio necesario, contra la escision sobrevénida entre el espíritu moderno y el espíritu de la Iglesia.

¿Creeis, pues, porque sois los que mas sufrís de ello, que seais los únicos en sentir, en deplorar tal escision?

Entre aquellos que se han separado de vosotros, entre aquellos mismos á quienes atacais, ¿cuántos no os echan de menos y estarian dispuestos á volver á vuestro lado, si así lo quisierais resueltamente, con un espíritu sincero de conciliacion y de iniciativa!

Porque no en vano ha sido refrescada una frente por el agua del bautismo, no en vano ha sido unecido por vuestros dulces cantares, por vuestras poéticas ficciones, por vuestros seductores mitos.

Esa vírgen del manto azul ante la cual juntá-bamos nuestras manos por la noche, que nos contemplaba dormirnos á la vacilante luz de la lamparilla con que nuestra madre terrestre alumbraba nuestro miedoso sueño; ese tierno Jesús á que ella nos comparaba, sin cesar, á causa de lo que nosotros la hacíamos á la vez temer y esperar, á quien ella nos recomendaba y que venia á ser nuestro compañero, nuestro camarada, con su amigo San Juan, de cabellos rubios y rizados como el vellon de su atento y dócil carnero; esa primera comunión



en la grande iglesia de vitrales colorados, ante los ojos de aquellas madres enternecidas, en medio de las flores, en el humo del incienso, só la gruñona é inquietante armonía del órgano que dominaba, sin embargo, la débil voz del sacerdote murmurando palabras que no comprendíamos, mas que, para nosotros, contenian entonces toda la verdad, como la hostia que recibíamos con tanta emocion, amor y gozo, contenia el cuerpo del mismo Nuestro Señor; ¿creeis que en medio de las resistencias que nos vemos inducidos á hacer, de las acusaciones que os infligimos, de los retos y amenazas que á veces os dirigimos, creeis que todos esos recuerdos de nuestra infancia pura no nos hacen signos, no nos sonrien, no nos llaman á sí, diciéndonos de léjos: «Tú no puedes haber olvidado cuán feliz eras cuando vivíamos juntos; hoy eres desconfiado, estás lleno de amargura, estás triste, te fatigas, te matas, te perturbas buscando lo que no encontrarás; nada hay mas consolador que nuestras fábulas, nada mas verdadero que nuestras mentiras, porque nada hay mas puro que nuestro ideal ni mas fortaleciente que nuestras verdades; vuelve á nosotros y de nuevo encontrarás el candor del espíritu, la sencillez del corazon, la eterna juventud y la eterna inocencia del alma?»

Sencilísimo seria, en efecto; ¿por qué vacilar? ¿por qué tanto discutir lo que escapa á todas las discusiones? ¿qué hago yo mismo aquí? ¿de qué nacen estas vanas palabras? ¿qué es lo que cambiarán? ¿á quién convencerán? Ante todo, ¿quién soy yo?

Un sér ruin, un hombre mortal, que tiene, si la naturaleza le favorece, cincuenta ó sesenta años para vivir sobre la tierra, que empleará un tercio de ese tiempo en intentar aprender algo, otro tercio en ver de utilizar lo que aprendiera, y el resto en procurar enmendar los errores que habrá cometido y las tonterías que habrá hecho con todo lo que aprendió.

¿Me asiste el derecho, me asiste la fuerza, me asiste el tiempo para combatir esas grandes concepciones de la Iglesia en cuyo seno he nacido y que responden, en mi breve vida y aun mas allá, á todas las cuestiones que puedo sentar, á todos los ensueños que puedo hacer?

Solo he de considerar mi pequeñez para darme cuenta de su grandeza, y no he de hacer sino invocar mis faltas para reconocer su utilidad.

¿Qué mejor, pues, para mí, que confiarme á ella, que lo ha previsto todo para mí, á partir de mi nacimiento hasta mi muerte, donde todavía no me desampara y donde me vuelve á poner en manos del Dios que ella me ha revelado en la eternidad que me ha prometido?

¡Cuánto no se cuida ella de mí!

En el mismo momento en que salgo del seno de mi madre, me abre ella el suyo, y apenas acabo de dejar el cielo, cuando ya me lo devuelve.

Aun mis ojos no se han abierto, aun mi cerebro no ha pensado, aun mi boca no ha pronunciado una palabra, cuando ya me cubre ella con sus pañales sagrados, y la encuentro dispuesta á hacer vivir mi



alma á la manera como el aire que respiro maquinalmente lo encuentro preparado para hacer vivir á mi cuerpo.

Unas cuantas gotas de agua sobre mi frente, y hedme ya cristiano, es decir, de la familia de aquellos que han muerto, no solamente para afirmar el Dios á quien debo esta vida en que acabo de entrar, sino para darme á su lado la vida eterna.

Cuando tendré doce años, cuando mi imaginacion empezará á comprender, á investigar, cuando mis sentidos comenzarán á discernir y á querer, me hará contraer mi primer compromiso, celebrar mi primera alianza con Dios, y por la emocion que me invadirá, por la turbacion de que me sentiré agitado, por el éxtasis que me transportará, conoceré que ella no me engañó, que en mí pasa algo sobrenatural, y que lo infinito me penetra ya.

«¡Qué remedio tan precioso para tí, si permaneces fiel!»

Hed aquí lo que me dice entonces, y tiene razon; porque suceda lo que quiera, jamás olvidaré el gozo dulce, inefable, el completo bienestar infundidos en mí por aquella imponente y misteriosa ceremonia.

Pero el compromiso es recíproco, y la Iglesia tambien me continúa siendo fiel; porque, á partir de entonces, no me dejará ya, ni tendré yo una esperanza superior sin que esté ella presente para bendecirla, ni una pena que no acuda á consolar.

Y ¡qué enseñanzas!

Ella me exhortará al trabajo, al esfuerzo, á la

paciencia, á la resignacion, al amor á Dios y al prójimo; me dirá que reserve, por la continencia y la castidad, todas mis fuerzas, todos mis deseos, todas mis energías para ese otro grande acto que está llamada á consagrar un dia: el matrimonio.

¡Hed aquí el dia en que ella estalla en bendiciones y alabanzas!

Y es que yo en adelante no estaré solo.

La voluntad de Dios: «No es bueno que el hombre esté solo; le formaré una auxiliar semejante á él y los dos serán una misma carne,» la voluntad de Dios va á realizarse.

De entre esas puras niñas vestidas de blanco, cubiertas de luengos velos, que tambien han comulgado, quizás en la misma iglesia que yo, de entre esas vírgenes cuya frente ha recibido el mismo bautismo que yo recibí, á quienes sus padres han hecho entrar en mi familia espiritual para que puedan un dia encontrar en ella un esposo segun su corazon y segun Dios, he elegido á una jóven, y mi corazon se ha avenido al suyo, y mi Dios, consultado á mis preces, me ha contestado: «Elegiste bien; esa es, esa, tu compañera eterna, la que debe formar parte de tu carne y de tu alma en esta vida y en la otra, y digna de poner en el mundo vuestros hijos cristianos.»

Despues de esta revelacion, cada vez que me he encontrado junto á dicha jóven, cosa que yo procuraba fuese lo mas á menudo posible, reconocia en ella como en mí los signos que nos consagraban el uno al otro.



Regocijábamosnos en nuestras almas que ya no formaban mas que una, y nos sentíamos extreme-erse nuestros cuerpos, que pronto no formarían mas que uno solo.

Todas las otras mujeres se me aparecían como una muchedumbre vaga, ondulante, sin color y sin formas, á una distancia incalculable de nuestras dos personas.

Sobre la tierra inmensa, y debajo de los cielos infinitos, no había mas que yo para ella, ni existía mas que ella para mí.

El Eden se nos devolvía; aquel era, verdaderamente, el primer día de la creación en todo su esplendor, con sus promesas, con sus sorpresas; y nosotros íbamos á completar la obra de Dios!

¿Cómo olvidar nunca al cielo, cuando se ha contemplado una vez en los ojos de una vírgen intacta y toda vuestra?

¿Cómo dudar de la eternidad cuando se la ha sentido contenida toda entera en un solo minuto?

¿Qué me pedís vosotros para que mi ventura sea permitida, para que mi amor sea legítimo, para que yo pueda decir á todo el mundo: «Esta es mi esposa única y bien amada, la carne de mi carne, el hueso de mis huesos?»

¿Que, en una sala silenciosa y fria, ante un hombre semejante á mí, entre cuatro testigos vestidos de negro y en un Registro parecido á un libro de comercio, firme el compromiso de tomar á esa vírgen por mujer, de recibirla en mi hogar, de protegerla y de serle fiel?

Ya está. Y ¿después? Nada mas.

Y ¿creís que yo me contente con ese compromiso material que la muerte romperá?

Quiero un compromiso que nada pueda romperlo.

¿Dónde está mi Dios? ¿Dónde su casa en la tierra?

Quiero arrodillarme, derramar lágrimas de gozo, confundirme en reconocimiento y en acciones de gracias.

Y si la muerte me sorprende en mitad de mi ventura, ¿será ese oficial ministerial quien recogerá y protegerá al sér adorado y sagrado de quien la muerte me separará momentáneamente?

Si Dios, encontrándola demasiado pura para mí, quisiese súbitamente volvérmela á tomar, ¿será ese hombre con una faja quien comprenderá mi dolor, quien querrá compartirlo, quien me consolará?

Si los dos morimos y dejamos hijos huérfanos, ¿será él quien los tomará en su familia, quien les dará una protección y una moral?

Si son ellos los que mueren, ¿iré á echarme en los brazos de ese hombre, llamándole mi hermano, y pidiéndole, en mi abominable desesperacion, que llore conmigo, que me impida matarme, que me fortalezca, que me vuelva á mi labor de cada día, á mis deberes de hombre, al olvido y tal vez á la esperanza?

Nó; ese hombre registrará nuestras defunciones como registró nuestros nacimientos y nuestro matrimonio, ¡y se acabó!



Habr  hecho lo que debia.

Su cargo es enumerar las existencias humanas y clasificar los actos civiles de la vida colectiva.

¡Vamos pronto, muy pronto,   la Iglesia!

All , si muero, encontrará mi cara mitad el divino esposo, único que puede reemplazarme; all , si ella muere, encontrarán mis hijos una segunda madre siempre jóven y siempre viva, única que puede reemplazar   la primera.

Finalmente, si me ha sido dado recorrer toda mi carrera, cuando llegar  la hora de mi muerte, uno de los ministros de esa Iglesia,   la que tal vez habrá olvidado, á pesar de todo lo que ha hecho por mí, abrirá suavemente mi puerta y me dir :

«Soy yo, yo que te esperaba junto á tu cama y que ahora voy á acompañarte   la tumba.

»¿Qué has hecho desde el dia en que nos encontramos por vez primera?

»¿Cómo has cumplido los juramentos que me hiciste?

»Yo por mi parte he cumplido las promesas que te habia hecho.

»T  has flaqueado, á pesar del apoyo que yo te aportaba; has dudado, á pesar de nuestras afirmaciones; has dado ejemplo del mal en cambio de los favores con que Dios te colmara: pero, cada vez que has vuelto á mí, me has hallado con la boca llena de reproches, llenas las manos de indulgencia, y de misericordia el corazón.

»Cuando me olvidabas, cuando me hacias traicion, oraba yo por t .

»Has sufrido; vas á morir; lloras, sientes, temes, te arrepientes.

»Te perdono.

»V    unirte en la eternidad con aquellos á quienes amaste y que te esperan all ; confiamelo que amas, hasta que vayan   reunirse contigo en el seno de Dios.

»Olvida todo lo que fué la tierra; devuelto te será, despues de la muerte, cuanto merece sobrevivirle; haga tu alma un grande esfuerzo; emprenda un gran vuelo para elevarse hasta las alturas   donde Dios se dignar  descender para ayudarte   subir hasta él.

»Ora de todo corazón; si olvidaste tus preces de niño, repite las que   decirte voy; son siempre las mismas.

»Tu frente, que antaño marqué con el signo del bautismo para protegerte en este mundo, voy á marcarla en el mismo sitio con un nuevo signo que te dará acceso al otro.

»Pecador dos veces redimido, duérmete en la paz del Señor, y cuando, gracias á nosotros, te halles junto   nuestro Divino Maestro, ru gale á tu vez por nosotros, que somos pecadores como t .»

¡Qué admirable concepcion! ¡qué admirable unidad! ¡qué prevision! ¡qué solicitud! ¡qué conocimiento ingenioso y profundo de este pobre corazón humano, de sus debilidades sucesivas, de sus entusiasmos momentáneos, de sus resoluciones efímeras, de sus esperanzas falaces y eternas!